

ITINERARIO DE UNA LITERATURA

Por Carlos Arturo Caparrosa

Evidente. Nuestra producción literaria, la de ahora y la de antes, es relativamente parva, desigual y no siempre de excelente calidad.

Dentro de esa relatividad, es la literatura colombiana de mayor producción en unos sectores de obras; de mediocre apenas en algunos; de escasa en otros; de definitivamente nula en los restantes.

¿En qué géneros ha sido floreciente la literatura nacional? ¿En cuáles se ha mostrado regular o mediocre apenas? ¿Y en cuáles ha venido fallando lamentablemente hasta el presente? A responder estas cuestiones, aunque sea sumariamente, va enderezado este itinerario de nuestras letras.

Refleja e interpreta toda literatura, en sus comienzos, en su evolución, en su madurez y en su decadencia, las características esenciales de la fisonomía del pueblo que la ha producido. Y esto, en términos generales, aun en aquellas que más ceñidamente se han ajustado a la imitación foránea, como sucede, por ejemplo, en más de un caso, con la literatura española del siglo XVIII. El colombiano, en su gran mayoría, es fundamentalmente un núcleo lírico y político. De aquí que los géneros literarios de la predilección nacional hayan sido, por una parte, la poesía lírica; por la otra, la oratoria y el periodismo políticos.

Una sostenida tradición y una verdadera floración de altos voceros líricos, como tal vez ningún pueblo de Hispano-América pueda ofrecerlas, ha tenido Colombia. Si pobre durante los años coloniales, son ellas magníficas durante los días de la República. Se templaron las liras para el dichoso sonar desde hace cien años largos, y todavía pervive el sueño: José Eusebio Caro, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, el colosal Pombo, Diego Fallon, el fino precursor del modernismo americano José Asunción Silva, el perfecto esteta Valencia, Julio Flórez, Porfirio Barba Jacob, José Eustasio Rivera, León de Greiff, Rafael Maya.

Esclarecida nuestra larga galería de oradores políticos, entre los que desuellan señaladamente Camilo Torres, Antonio Nariño, Julio Arboleda, José

María Rojas Garrido, Miguel Antonio Caro, José Vicente Concha, Rafael Uribe Uribe, Antonio José Resrepo, Guillermo Valencia, Enrique Olaya Herrera, Laureano Gómez, José Camacho Carreño. Y la otra de ensayistas y periodistas políticos: Antonio Nariño, Juan García del Río, Julio Arboleda, José María Samper, Murillo Toro, Rafael Núñez, Salvador Camacho Roldán, Felipe y Santiago Pérez, Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro, Carlos Martínez Silva, Carlos Arturo Torres, Marco Fidel Suárez, Guillermo Camacho Carrizosa, Armando Solano, Silvio Villegas, Alberto Lleras Camargo, etc.

Menos caudalosa, incuestionablemente, si la comparamos con la acabada de mencionar, es nuestra producción literaria en los otros géneros.

Por las condiciones históricas en que se inicia la nacionalidad colombiana, directamente atada, por el hecho de la conquista española, a la superior cultura europea, no se surtió en ella aquel proceso de formación y evolución que permitió en otras civilizaciones —la de la India, la helénica, la medioeval de los actuales pueblos de Europa— la manifestación de la llamada épica popular. La épica dentro de la cual pudieran darse obras del género entre nosotros es la culta o artificiosa. Pero de esta clase de epopeyas nada hay que decir. No la hemos tenido, ni el grado de cultura a que, en tiempos en que aún podía producirse, habíamos alcanzado, pudieron permitir. Nuestro caso en este sentido es el mismo del de todos los pueblos de Hispano-América. No hay la epopeya americana ni popular ni culta. Oiro, empero, es el caso de la épica menor: **Martín Fierro** en la Argentina, **Tabaré** en el Uruguay, **Gonzalo de Oyón** en Colombia. El poema inconcluso de Arboleda, de asunto histórico-legendario, no obstante una tan respetable calificación como la del maestro Menéndez y Pelayo, es un poema épico menor. Evidentemente: poema épico menor por el aparato de su composición literaria, por la intención de su autor, por el sentido trascendente que lo domina. Otra forma de poesía épica menor, y muy alta, es **Anarkos** de Guillermo Valencia, poema de carácter épico-social. Las otras composiciones épicas escritas en Colombia carecen de mayor importancia.

Lo cierto es que, si en la poesía épica no ha logrado rayar subido la literatura americana, sí lo ha logrado en el género que algunos estetas y preceptistas modernos consideran como el sustituto actual del poema épico, especialmente de la epopeya: la novela. El género americano por excelencia es, o debe ser a mi entender, y en el muy autorizado de muchos, por múltiples razones, la novela. Género todavía en formación, en período de tanteo en estos pueblos hispano-americanos, con algunos innegables aciertos ya pero de un porvenir seguro como expresión auténtica de la vida del Nuevo Mundo. Ahí tenemos, no más, para confirmarlo ampliamente, la experiencia norteamericana y nuestros casos como los de Rivera, Güiraldes, Gallegos, Azuela.

No ha sido abundante nuestra producción novelesca. Técnicamente, v en sentido muy estricto, puede decirse que no tenemos verdadera novela. Sin embargo, ejemplares hay de significación que claramente demuestran lo que ese filón, explorado a la larga con persistencia y tesón, puede llegar a ser: **María**, de Jorge Isaacs; **Manuela**, de Eugenio Díaz; **El Moro**, de José Manuel Marroquín; **Tránsito**, de Luis Segundo de Silvestre; **La Vorágine**,

de José Eustasio Rivera, las novelas costumbristas de Tomás Carrasquilla.

Lo mismo que se dice de la novela, se puede afirmar del cuento, en donde tal vez, en calidad, sea más pobre nuestra producción, con todo y lo que pueden representar algunos cuadros de costumbres de los costumbristas del pasado siglo —Eugenio Díaz, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín — y los cuentos de Carrasquilla o de Efe Gómez, entre lo más saliente.

De nuestro teatro es muy poca cosa la que hay que apuntar en esta breve relación. Un halagüeño comenzar en los días de la Independencia con José Fernández Madrid y Luis Vargas Tejada, y luego, un escasísimo avance hasta el presente. Muy poca cosa, ciertamente.

Algunas muestras excelentes, de acertado logro, tenemos en el género de la poesía didáctica: **El cultivo del maíz en Antioquia**, de Gregorio Gutiérrez González; **La perrilla**, de Marroquín; las **Fábulas**, de Pombo. También es cierto que la poesía didáctica, en la mayor parte de las literaturas, es género poco caudaloso, de reducidas parcelas.

Del género oratorio, ya tenemos apuntado lo que a la oratoria política corresponde. Quedan: la académica, que le sigue en orden de cultivo a la política entre nosotros, con eminentes representativos como Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Monseñor Rafael María Carrasquilla, Guillermo Valencia, Antonio Gómez Restrepo, Luis López de Mesa, Rafael Maya; la sagrada, con el Arzobispo Mosquera, Carlos Cortés Lée, Monseñor Carrasquilla, José Vicente Castro Silva; la forense con la cumbre de Camilo Torres; la militar con el único que puede colocarse por sus arengas después del Libertador en Colombia: Julio Arboleda.

No hemos tenido una alta escuela de historiadores. En este género nos aventajan Venezuela, Argentina, Méjico y el Perú. Los ejemplos aislados del Obispo Fernández de Piedrahita en los tiempos coloniales, de José Manuel Restrepo durante la Independencia, del general Posada Gutiérrez y José Manuel Groot en la República, no son suficientes para salvarnos lucidamente en este sector literario. De libros de viajes, apenas tenemos uno que puede ser considerado como clásico en la materia: la **Peregrinación** de "Alpha". Con interés y un sentido nuevo se ha cultivado el género de la biografía de unos años a esta parte.

La literatura religiosa tiene un egregio representante en la mística: la Madre Castillo. La monja de Tunja es nuestro primer escritor de la Colonia, y el cuarto de América en aquella época, después de Alarcón, el Inca Garcilaso y Juana de Asbaje.

La crítica y el ensayismo literarios tienen su iniciación definitiva y sería con los escritos de Miguel Antonio Caro, el verdadero creador de nuestra crítica. Han sido géneros limitadamente favorecidos. Su parvedad es bien notoria. Ni atraen demasiado a los escritores, ni seducen a la inmensa mayoría de los lectores nacionales. Después de Caro ha sido maestro en la crítica literaria Antonio Gómez Restrepo. Otros destacados cultivadores del

género han sido Suárez, Carlos Arturo Torres, Baldomero Sanín Cano, Fernando de la Vega, Maya, Jorge Zalamea. Los trabajos sobre historia literaria se inician con Vergara y Vergara y alcanzan su mejor expresión en Gómez Restrepo.

5

Escasos, pero afortunados ejemplares, hemos tenido en el género de la prosa didáctica-literaria propiamente tal: en ciencias naturales y geográficas al sabio Caldas, de quien dijo Menéndez y Pelayo que tiene páginas "no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt"; en filosofía a Caro y Monseñor Carrasquilla; en ciencias gramaticales a Caro, Rufino José Cuervo, Suárez; en sociología a López de Mesa.

CARLOS ARTURO CAPARROSO

Profesor de Literatura en el Claustro de Bachillerato